



Los pueblos vecinos tienen, de vez en cuando, ímpetus de odio y soberbia que, no pudiendo en la guerra, se desfogan en un huracán de amenazas é injurias, los cuales alzanse furiosos, decrecen y se tranquilizan poco á poco dejando detrás de sí un gran silencio.

Son como conmociones parciales é instantáneas producidas por una racha de viento en el mar inmenso de la sangre humana.

Mil rencores antiguos se despiertan entónces, los ánimos más apagados se encienden al soplo abrasador de los vientos; una injuriosa multitud surge aquí y allá, con las bocas desencajadas y los brazos extendidos, ahullando palabras que manifiestan el deseo del estrago; los amigos de ambos países huyen ó se separan: todos los sentimientos de artística simpatía, todas las correspondencias intelectuales que unen á los dos pueblos, se turban ó suspenden; las

muchedumbres, olfatean el olor de la pólvora, los dos ejércitos tiemblan, el mundo mira y espera...



¿Y la amistad, mientras tanto?

¡Ah! ¡Pobres propósitos!

Al principio, sin embargo, manifestamos no apreciar nada de lo que ocurre.

¿No habíamos dicho que en nuestra amistad éramos ciudadanos de un mundo ideal al cual no llega el eco de los gritos de guerra?

En medio de aquel creciente tumulto, continuábamos hablándonos con el afecto antiguo, ocultando nuestra inquietud y amargura.

Pero, ¡qué sé yo!

Las cartas no eran ya como las primeras.

Un no expresado pensamiento bullía entre renglon y renglon, como una sombra.

Ciertos períodos no terminaban ya de natural manera.

Algo indefinible hubiese hecho comprender á un extraño, que en nuestro lenguaje entraba por algo un poco de propósito.

Ninguno de los dos dudaba en el fondo, de los sentimientos de su amigo hacia él; pero aquel silencio guardado por los dos sobre un asunto, en el cual, tanto el uno como el otro, debíamos reflexionar continuamente, era un comienzo de desconfianza y frialdad entre nosotros.

No éramos amigos verdaderos, si no nos decíamos todo; no estábamos bien seguros de nuestra amistad, si parecía peligroso discutir sobre un hecho que, sin embargo, habíamos considerado tantas veces como posible, razonando sobre él tranquilamente.

Se adivinaba que nos atormentaba al uno y al otro un cierto temor: el de que el propio silencio fuese interpretado por el amigo como un reconocimiento de las injurias del propio país y una resignada aceptación de los ultrajes del otro....

Era una intolerable interpretación....

Era preciso explicarse.... la dignidad lo quería.... la amistad lo mandaba.

\*  
\* \*

Dos cartas se cruzaron finalmente, en las cuales el torrente comprimido saltaba estrepitosamente en palabras llenas de amargura, mixtas de solicitud y afecto.

En suma, ¿qué es lo que sucede? ¿A dónde vamos? ¿Qué tienes? ¿Qué obcecación es esta? ¿Qué maldito frenesí nos arrastra?

Nadie razona ya. Vamos á ver, razonemos al ménos nosotros dos. Procuremos entendernos y darnos una recíproca satisfacción, si es posible, hablándonos con el corazón en la mano, como siempre nos hemos hablado. Tenemos acusaciones y reproches que dirigirnos, ¿no es verdad?

Pues bien; acusémonos y defendámonos en el estilo franco de dos buenos amigos, no persiguiendo más que la justicia y la verdad.

\*  
\* \*

Y entónces comenzó entre nosotros una larguísima discusión sobre las causas remotas é inmediatas de los sucesos del día, sobre las pasiones que nacieron de ellas y la forma en que se habían expresado y se expresaban en los dos países; y la discusión fué desde el principio tranquila, ordenada, llena de benevolencia...

¡Pero así y todo no era posible entenderse, santísimo cielo! La culpa era de los dos y de ninguno.

En todo extranjero, con respecto al país vecino, hay una tal cantidad de antiguas y falsas ideas, que el tiempo ha convertido en axiomas, una urdimbre tan tupida de supuestos juicios, tomados de inconstantes libros, y de apasionados periódicos, un cúmulo tal de ignorancias pequeñas, que producen en todos groseros errores, que causa asombro el verlos surgir uno por uno, encadenados entre sí, en aquellas discusiones profundamente sinceras, en las cuales nada se calla ni por cortesía.

Y después el orgullo nacional excitado, todo vá haciéndolo más difícil. Toda razon adoptada por el uno, aunque con la mejor buena fé y la mayor claridad, se desnaturalizaba en la mente del otro, y era entendida al revés ó embrollada. El amor de la patria daba un falso calor á cada argumento.

Teníamos como una inmensa batahola en los oídos, que nos impedía entendernos bien.

Cada uno decía del otro impacientándose.

—¿Pero cómo no comprende, no vé, no oye, no reconoce esto ó lo otro? ¿Cómo no le exaltan ciertas injusticias? ¿Es obstinacion ó insensatez ó perturbacion de su inteligencia? ¿Qué cree, en fin? ¿Hasta dónde pretende que llegue la condescendencia de la amistad?

Pero el sentimiento de la amistad era todavía tan fuerte, que las cartas seguían siendo amistosas, aunque ya se notase aquel cierto temblor en el estilo, que hace oír al que lee, el afanoso alentar y violenta pulsacion del que escribe.

\*  
\* \*

Eramos amigos aún... ¡Oh! aquellos malditos re-  
tazos de insolentes papeles arrojados como sucios an-  
drajos de país á país, aquellas injurias amontonadas  
y envenenadas por el ingenio, aquellas absurdas ca-  
lumnias mil veces repetidas con el bestial ahinco de  
la embriaguez, aquellas burlas dirigidas á la patria  
que aparecian como manchas de fango sobre la frente  
de nuestra madre, ó de nuestros hijos, sobre las lá-  
pidas de nuestros muertos y sobre los monumentos  
de nuestra gloria!..

¿Quién podría hallar entonces la diferencia entre  
el cargo y la data?

Los insultos que de nosotros partían, no los crefá-  
mos sino represalias, las que nos dirigian parecían-  
nos provocaciones.

La ira estalla, ruje el odio, la sangre oscurece los  
ojos y la mente:—una multitud desconocida no es  
suficiente á nuestra ira—el ódio tiene necesidad de  
objetos determinados;—y la primer imágen que de su

país se me aparecía era él;—hasta creía odiarle á él en algunos momentos;—él, despues de todo, vivía entre aquellos que nos insultaban, los estimaba, estrechaba la mano de los que aborrecíamos, él, es posible que en el fondo de su corazon, aprobase y aun pensase, si no las pronunciaba, aquellas horribles palabras que hacían palpar nuestras entrañas y ver el mundo de color de sangre.

\*  
\* \*

Los recuerdos de su buena amistad eran, no obstante, tan vivos aun en mí, que casi siempre bastaban á reanimar el afecto en el fondo de mi corazon, uno sobre todos; el recuerdo de una hermosísima tarde en que paseábamos juntos, gozando del sol por una alameda de un jardín público, vecino á un gran arco de triunfo.

Allá entre los árboles, vimos un pequeño grupo de niñas y niños italianos, modelillos de pintor, vestidos á la usanza de los Abruzos, con aquellos lindos colores, un grupito admirable por su belleza y elegancia.

Mi amigo lanzó una exclamacion de alegría y se acercó á ellos; le rodearon, tendiendo sus morenas manos, y sonriendo con aquellos grandes ojos dulces y negríssimos, con una gracia que encantaba y una familiaridad alegre y afectuosa, cual si fuesen pequeños que pidiesen confites á su padre.

Mi amigo preguntó su nombre á todos y dónde

habían nacido y cuántos años tenían, y le respondían todos á la vez semejando al piar de un nido de pájaros.

Eran muchachos de mi país, estaban en tierra extranjera, eran amables y hermosos, me recordaban millares de otros pobrecitos niños italianos maltratados por su familia, explotados, abandonados y envilecidos; me enternecían; hubiéralos llenado de oro y de besos; no los interrogaba porque no era dueño de la emoción que embargaba mi voz.

Sin embargo, más viva y más dulce era aun la emoción que experimentaba al contemplar á mi amigo.

Palpitaba de alegría mi corazón al ver cuán feliz era en medio de mis pequeños conciudadanos y por hacerse comprender de ellos, ¡qué cariñosamente acariciaba sus larguísimas cabelleras, con qué curiosidad recogía sus palabras, con qué acento de singular inclinación repetía los nombres de sus aldeas y cómo dejaba ver en sus ojos la conciencia y el contento de hacer una cosa indeciblemente grata para mí al acariciar á aquellas criaturas!

Yo lo conocía; sabía que recordaba y amaba mil cosas de mi patria posando sus manos sobre aquellas cabezitas y palpando aquellos multicolores vestidos; comprendía que cruzaban rápidamente por su alma,

Rafael y Rossini, y los prisioneros de Spielberg, y las canciones de Leopardí, y las rojas camisas de Volturno y que era mi hermano por la sangre en aquel momento, y le decía desde mi corazón: —Te lo agradezco: tu amistad no podría darme ya una satisfacción más grande que esta!

\*  
\* \*

Pero estos pensamientos huían de improviso ante otros mil suscitados diariamente por recientes sucesos, por un nuevo y clamoroso insulto que nos hería en el corazón por nuevos y odiosos particulares de un acto de omnipotencia que llegaba con las últimas noticias.

Siempre resultaba que me era difícil conservar ánimo constante hacia él, puesto que su país se iba formando á mis ojos.

Esto sucede siempre que el amor de patria nos hace enemigos de un pueblo á quien antes habíamos querido.

Desde entonces, y poco á poco, todo lo que el pertenece se hace desagradable.

Hasta de los escritores y hombres famosos que más sinceramente admiramos, no solo de los vivos sino de los muertos también, acuden á nuestra mente hechos ó frases que afean su memoria; un juicio falso, una maligna burla que dejaron escapar sobre nuestro país,

un defecto que tienen comun á su pueblo, una predilección que tuvieron por uno de los que ahora se encarnizan contra nosotros.

De la historia de su patria, no acuden á la memoria sino los hechos y personajes que fueron funestos á la nuestra.

De todas las gentes de aquel país, que en otro tiempo vimos ó tratamos aparecen solo á nuestra vista aquellos con quienes nos disgustamos ó nos ofendieron.

Y todas estas imágenes se confunden, se agigantan, ocultan las cosas y las personas amadas ó simpáticas envuelven á la nación entera; se convierten en la nación misma, y todo nos hace montar en cólera, hasta las notas de su música, la cadencia de su lengua, el nombre de sus provincias.

Y entonces hasta del amigo queridísimo se recuerdan opiniones, costumbres, gestos, miradas, acentos de los cuales, por la primera vez, se siente una impresión desagradable, como de otras tantas manifestaciones indeterminadas de una naturaleza que repugna á la nuestra, y que nos hacen decir:

—¡Oh! ¡También él es hijo de su país!

\*  
\* \*

Pero el exceso de esta injusticia de cuando en cuando provocaba una reaccion.

Y bien, no, me decía, no quiero sufrir la tiranía del amor de patria. No quiero que el ciudadano ahogue al hombre. Es injusto, innoble y bárbaro. Es una vileza del corazón, en fin, y yo no la cometo sino por flaquear de mi propia voluntad, impotente para enfrenar á la imaginación.

Todo proviene de esto: de que no logro tener la imagen de mi amigo inmóvil en un rincón de la mente, fuera de la turba de mis pensamientos que son hostiles á su patria.

En suma, ¿qué quejas tiene de mí? ¿Qué es lo que ha hecho á mi patria? ¿Puedo pretender, por ventura, que no adore ciegamente á la suya? ¿Puedo negar que es un hombre de corazón, honrado, sensato, generoso? ¿Para qué sirve la cultura, la educación, el amor á la humanidad, si no sirve para establecer una diferencia esencial entre el patriotis-

mo del hombre de estudio, y el de los alborotadores de la plaza?

El aborrecimiento que me hace odioso el amigo es una centella de aquel furor bestial que impelía en otras ocasiones á los ejércitos á degollar los inermes habitantes de la ciudad enemiga.

Yo veo al "bárbaro" hasta en el amigo. Pero el "bárbaro" que hay en mí, es el que ve el "bárbaro" en él.

—No, mi buen amigo—le escribía entonces;—no he cambiado; he sido injusto contigo en el fondo de mi alma; pero han sido injusticias del momento; vacilaciones instantáneas de la razón,—caigo algunas veces en ellas y ya no te veo;—pero cuando me rehago, te abrazo.

Y él me respondía con fraternales palabras, que me hacían interrumpir la lectura, para dirigirle un impetuoso saludo, agitando su carta hácia las azuladas montañas como una bandera de paz.



\*  
\* \*

Pero la lucha de las injurias se iba exasperando aquí y allá, y el horizonte se ennegrecía.

Eran de aquellos días en los cuales la gente se detiene en la calle para mirar el regimiento que pasa, con mirada grave, meditando, como el viajero mira á su escolta armada, en el instante de penetrar en la selva. Todo enlace de ideas terminaba con la idea de la guerra.

Cien veces al día me encontraba dentro de este pensamiento sin recordar su principio.

Imaginaba que la guerra había estallado,—la ciudad trastornada,—la gente enloquecida y ansiosa por las calles—la llegada de los primeros cientos de heridos—las primeras noticias de los amigos muertos—los hospitales y las iglesias atestadas de mutilados y heridos—una negra muchedumbre de viudas y huérfanos—millones de campesinos trastornados, huyendo como rebaños aterrados por los campos convertidos en cementerios,—mil desolados aspectos de

una nación que pierde la vida por todas sus venas. ¡Ah! ¡Maldición! No era amigo entónces.

Hasta él se veía confundido con las hordas malditas que ensangrentaban mi patria; nada me importaba que no aborreciese á los muertos, puesto que amaba á los matadores. Era su hermano—deseaba su triunfo,—festejaba nuestro exterminio,—hasta llegaba á desearle un balazo en la cabeza.

\*  
\* \* \*

Después otra idea me reconciliaba con él.

Me figuraba estar en su casa, á la ventana de su cuarto de estudio, como otras veces, para mirar la gente que apresuradamente pasaba por la calle.

¡Cuántos no sólo no hubieran concebido nuestras pasiones, sino que ni se cuidaban de lo que con efecto ocurría entre los dos países!

No era preciso preguntarles, se reconocían por el aspecto á dolientes viejos, obreros desfallecidos por el cansancio, hermosos y alegres muchachos, madres de familia de severo rostro, negociantes afanados que hacían cuentas con los dedos, jóvenes disolutos de semblante embrutecido, muchachos, pobres...

Ni una de aquellas personas nos odiaba, sin duda, porque ni una pensaba en nosotros ni en cosa alguna del mundo fuera de las propias.

Y cruzando con la imaginación de calle en calle y de casa en casa, hallaba centenares, millares de

tales personas, millones de indiferentes por ignorancia, por índole, por enfermedad, por miseria, y después, fuera de su recinto, andando andando de aldea en aldea, de ciudad en ciudad, hasta las costas y las fronteras, por el vasto territorio, otras innumerables gentes, para las cuales mi país y la China era todo uno, y que hubieran levantado los hombros á una pregunta sobre tal propósito; gruesos y pacíficos propietarios, jóvenes enamorados, estudiosos aislados del mundo, aldeanos temblorosos á la sola palabra guerra, desventuradas mujeres consagradas únicamente á sus hijos, hombres de corazón afable, incapaces de ningún sentimiento de odio...

Eran miles de miles, en suma, como entre nosotros, como donde quiera, eran las tres cuartas partes del país, eran el país.

¿Pues entonces á qué hablar de odios nacionales? ¿A qué se reduce, en tiempos normales, la parte de la nación que lo siente, que lo agita, que lo expresa?

Y este pensamiento me hacía empuñar de nuevo la pluma para escribir al amigo palabras tranquilas y benévolas, como para retractarme tácitamente de las desdeñosas é injustas que le había dirigido en secreto.

\* \* \*

Y provocaba en mis expansiones del corazón que volvían á ligarme á él con toda la fuerza del antiguo afecto.

"Estoy perdiendo una de las ilusiones más queridas de mi vida, amigo mío, le escribía. De día en día me veo obligado á persuadirme de una verdad aterradoradora: que nos odiais. Véome obligado á reconocer que no puedo amar á tu patria sin hacer traición á la mía. Todo lo que ocurre me parece un sueño, ó mejor, que me despierto de un sueño. Será preciso, por lo tanto, que dé un adiós á mis juveniles entusiasmos, extender un velo sobre mil recuerdos é imágenes y esperanzas que han embellecido mi vida durante treinta años.

Un ardiente rayo de poesía parece que ha desaparecido de mi horizonte. ¡Tu patria! ¡Yo que la he amado tanto! Hubiera dado por ella la sangre de mis venas: su nombre era una palabra sagrada: el eco de un grito de maravilla y de afecto para mí;

los colores de su bandera exaltaban mi corazón y mi fantasía como una música.

Y hoy su antigua y hermosa imagen se me aparece continuamente bajo la imagen nueva, y el primer sentimiento que en mí despierta es el sentimiento del pasado.

Pero después recuerdo...

—¡Vé, saluda en mi nombre, como antes, á tu maldito país que nos aborrece!—¡Yo le adoro!—  
¡Le detesto!—¡A tí te quiero mucho!—¡Estoy triste!  
—¡No hablemos más de esto! ¡Qué cosas!"

\*  
\* \*

Pero entretanto que alternaban de esta manera entre nosotros sentimientos tan opuestos—confusos, no obstante, algunas veces—los ánimos se tranquilizaban aquí y allí.

Esta efervescencia del sentimiento nacional, aunque sea producto de gravísimas causas, no duran largo tiempo, cuando no sobrevienen nuevos sucesos; las pasiones individuales se elevan bien pronto por encima de los hombres; y la vida del mundo, á la cual asistimos por medio de la prensa, está tan llena de acontecimientos extraños ó inesperados, que hasta los hechos más graves se olvidan ó aparecen lejanísimos en el transcurso de pocos meses.

El lenguaje de nuestras cartas se fué endulzando poco á poco, á medida que se endulzaban las impresiones.

Durante algun tiempo algun que otro tizon oculto inadvertidamente atizado, lanzaba aun encendidas chispas; pero muy pronto quedó apagado por completo.

Y entonces al pensar sobre ello no me sabía dar razon de cómo el sentimiento nacional ofendido había podido sofocar repetidas veces una amistad tan amable; me acordaba muy bien de las causas, pero me parecían insensatas y pequeñas, y hubiese confesado á mi amigo, para castigarme, los pensamientos más odiosos que sobre él había ocultado, si no hubiese temido entristecerle.

Pero él forzosamente tenía que dirigirse y se dirigía al mismo tiempo tal vez, algun reproche. Y efectivamente me escribía.

—”Perdóname si en mis cartas hallaste alguna palabra que te haya amargado ú ofendido.

”He pasado tristísimos días.

”En los grandes viajes que con el pensamiento he solido hacer á través del mundo, para visitar á mis amigos extranjeros, entraba en tu ciudad y me acercaba á tu cesa con el corazon oprimido: parecíame que iba á hallarla cerrada y muda, y que ninguno iba á responder á mi voz.

”Pero ahora todo está completamente allanado, los muchachos me sonrien desde la ventana, y tú me esperas en el umbral de tu puerta con el rostro sonriente y la mano estendida...

”Démonos el abrazo de paz, hermano mio.

\*  
\* \*

Si, buen amigo. Tienes razon: este es uno de los grandes placeres que nos causa la amistad con los extranjeros: viajar con la imaginacion por todo el mundo, ir á visitar á nuestros más apartados amigos y sorprenderlos en sus ocupaciones diarias, al uno en el quinto piso de un enorme caseron de una inmensa y nebulosa ciudad del Norte; al otro en una azotea de una blanca casa bajo el azul limpidísimo del cielo de Oriente; á este en una casita roja bañada por las aguas de un reverberante canal; á aquel en una factoría perdida en medio de una interminable llanura del nuevo continente; y volver á ver ó imaginar aquellas habitaciones, y los horizontes que desde aquellas ventanas se dominan, y observar la gente que pasa, respirar aquel aire, estudiar al amigo en las costumbres de su país, y al país en el carácter del amigo, y sentir simpatía vivísima hácia aquellos sitios, porque nuestros amigos en ellos han nacido y en ellos viven, y querer un poco á aquellos pueblos,

porque en ellos hemos hallado franco afecto, y experimentar secreto regocijo al ver vivir algo de nosotros á tan largas distancias, y reuniendo y confundiendo á la vez á todos estos amigos, y nuestras simpatías por sus patrias, y los afectuosos saludos que nos llegan de aquellas tierras y de aquellos mares que no habíamos visto y que ya no veremos más en nuestra vida, sentir como late dentro de nuestro pecho el corazón del género humano.

